

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS DESDE LAS VÍCTIMAS

El tema de las víctimas coincide, en el fondo, con el tema de los «pobres». La referencia esencial de Jesús al mundo de los pobres constituye también el punto de referencia instituible para toda cristología. Así nos lo decía Jon Sobrino en un artículo anterior (ST 150, 1999, 160-168) en el que, a propósito de las víctimas afirmaba: «Hace medio siglo Auschwitz fue la vergüenza de la humanidad. Pero desde entonces ¿cuántos Auschwitz ha habido? (...) Auschwitz no es cosa sólo del pasado. Seguimos en Auschwitz». El tema de las víctimas sigue vivo en teología y por la resurrección de Jesús queda todo él transido de esperanza, libertad y gozo.

Vivir como resucitados: la resurrección de Jesús desde las víctimas, Utopías 7 (1999) 15-17.

La referencia de Jesús hacia el mundo de los pobres adquiere nuevas dimensiones con la resurrección. Con ella comienza un proceso de universalización: el Cristo cósmico va más allá de Jesús de Nazaret (por Cristo fue creado todo, Cristo es cabeza de la creación...).

Pero la resurrección no hace olvidar a «Jesús y los pobres». La resurrección de Jesús es descrita en los discursos programáticos de los Hechos como un drama en dos actos. Primer acto: «Vosotros matasteis al inocente, al justo». Segundo acto: «Pero Dios lo resucitó de entre los muertos». Dios no resucita a un cadáver, sino a una víctima. No muestra en primer término su poder, sino su justicia.

La resurrección hace, pues, referencia esencial a las víctimas, al pobre por antonomasia. Dios es y hace en la resurrección lo que Jesús fue e hizo en vida. Des-

de aquí es desde donde queremos reflexionar sobre cómo podemos vivir ya como resucitados en la historia. Ante todo hay que decir que no se trata de vivir en condiciones lo más inateriales posibles, sino de vivir el seguimiento de Jesús con el mayor amor posible: «hay que bajar de la cruz a los pueblos crucificados». Pero hay que preguntarse qué añade la resurrección, como triunfo, al seguimiento de Jesús, en nuestra vida histórica. Y esto, en mi opinión, son estas tres cosas: esperanza, libertad y gozo.

La esperanza de las víctimas

Aquél para quien su propia muerte sea el escándalo fundamental y la esperanza de supervivencia su mayor problema -por razonable que sea- no tendrá una esperanza específicamente cristiana ni nacida de la resurrección de Jesús, sino una esperanza ego-

céntrica.

Lo que des-centra nuestra esperanza es la captación de la muerte actual de los crucificados como lo absolutamente escandaloso, muerte con la que no se puede pactar y de la que no se debe hacer algo en último término secundario para la propia persona en virtud de la esperanza en la propia resurrección. A un Dios que va siendo descubierto como amoroso y en favor de las víctimas se le puede corresponder con amor radical en favor de ellas, y de ahí que se haga, también, más aguda la pregunta por el destino último de esas víctimas.

La esperanza de la que hablamos es difícil, exige hacer nuestra la esperanza y, con ello, la realidad de las víctimas. Pero, con todo, es esperanza real. Es como un don que nos hacen las mismas víctimas. En la realidad de las víctimas no sólo hay pecado y exigencia de erradicarlo, sino que hay también gracias y audacia para la esperanza. Las víctimas nos ofrecen su esperanza.

Libertad como triunfo sobre el egocentrismo

La libertad refleja el «triunfo» del resucitado no porque nos aleja de nuestra realidad material, sino porque nos introduce en la realidad histórica para amar sin que nada de esa realidad sea obstáculo para ello: ningún miedo ni ninguna prudencia paralizante. Dicho en lenguaje paradójico, la libertad es atarse a la historia para salvarla, pero -siguiendo la

metáfora- de tal manera que nada en la historia ate y esclavice para poder amar.

Lo normal es que el amor a los pobres y las víctimas vaya también acompañado de ataduras a otros amores –el partido, la organización, la congregación religiosa, la institución eclesial– lo cual casi siempre mitiga, condiciona o tergiversa el ejercicio del primer amor a los pobres (y nada digamos cuando se está atado por la ambición de riqueza y poder). Pero hay un amor como el de Mons. Romero, que amó a los pobres y no amó nada por encima de ellos ni con la misma radicalidad que a ellos, sin segundas intenciones, sin que los temores (persecución, destrucción de plataformas eclesiales, asesinatos de sacerdotes, religiosas, agentes de pastoral) o incluso otros amores legítimos le desviarán de ese amor fundamental, y sin que los riesgos que se corren por ese amor le aconsejaran prudencia. En este tipo de amor se hace presente la libertad. Esta libertad nada tiene que ver con salirse de la historia, pero ni siquiera tiene que ver en primer término con el derecho a la propia libertad, aunque ese derecho sea legítimo y su ejercicio sea cada día más apremiante dentro de la Iglesia. Consiste en vivir en pobreza, «a la intemperie», como Pablo, participando en la cruz de Jesús y de los pobres.

El gozo como triunfo sobre la tristeza

La otra dimensión de lo que

de triunfo hay en la resurrección es el gozo, y el gozo sólo es posible cuando hay algo que celebrar. Vivir con gozo significa «celebrar la vida». Esto puede sonar sumamente paradójico en situaciones de terrible sufrimiento como el de los pueblos crucificados, pero ocurre. Los participantes en un taller sobre espiritualidad popular decían: «Lo que se opone a la alegría... es la tristeza, no el sufrimiento».

El gozo de celebrar la vida proviene de la honradez con lo bueno de la realidad. Es la de Jesús cuando se alegra de que los pequeños hubiesen entendido los misterios del Reino, cuando celebra la vida con los marginados o cuando invita a llamar a Dios, Padre de todos. Hoy también ese gozo es posible. Es el gozo de comunidades que, a pesar de todo, se reúnen para cantar y recitar poesías, para mostrar que están contentos porque están juntos, para celebrar la eucaristía. Es el gozo de Mons. Romero, acosado por todos lados y por todos los poderes, pero que se llenaba de gozo visitando a las comunidades.

Reflexiones finales

1. Lo que mantiene la originalidad del cristiano es la relación Dios-pobres, relación que es buena noticia. Cristológicamente esto se concreta en que los pobres son la referencia de Jesús, referencia que no desaparece, sino que cobra nuevas dimensiones con la resurrección.

2. Desde aquí se puede com-

prender la universalización de Jesús y la proclamación del Cristo cósmico (mayor que Jesús de Nazaret). El fundamento de esa universalización es que Jesús, para ser buena noticia, sólo necesita «ser humano», «tomar carne», más exactamente, «hacerse *sarx*, lo débil de la condición humana». Jesús no es especial, según la fe cristiana, por algún añadido a su humanidad, sino por profundizar en ella. Dios asume la humanidad de Jesús para expresarse, y al expresarse crea esa humanidad. «Lo humano sin añadidos» es lo que hace presente a Dios, no el pertenecer a una u otra tribu de Israel, no el ser varón o mujer, no el ser judío, griego o maya. Pero, aunque no son necesarios los «añadidos», sí son necesarias las concreciones: misericordia, fidelidad, entrega, solidaridad (como dice la Carta a los Hebreos).

3. En lo cósmico, entendido como lo universal de lo humano (y ensanchado más allá de lo humano) puede participar cualquier varón o mujer, miembro de cualquier religión. En este sentido, el diálogo interreligioso debiera ser lo evidente. Pero sí hay algo específico en ese «Cristo cósmico» (si integra centralmente a Jesús de Nazaret): su referencia esencial a los pobres y las concreciones mencionadas. Universalidad sin parcialidad, cosmicidad sin referencia a los pobres no puede llevarse a cabo en nombre de la fe cristiana (quizás sí en nombre de otras fes).

4. Para la evangelización todo esto supone, ante todo, la voluntad de «ser real» en un mundo

de pobres, de comprender y vivir la fe como buena noticia de Dios para ellos, de anunciar a Jesús como la alianza entre Dios y

ellos. Desde ahí, hay que abordar otras dimensiones de la evangelización y, ciertamente, la inculturación.

Condensó: SILVESTRE FALGUERA

Personalmente, uno ha vivido, ha sufrido, ha soñado y, a su alcance, ha estropeado también, en cierta medida, las «varias» Iglesias de esa sola Iglesia que han pasado, que siguen pasando por la vida de uno.

Primero fue la Iglesia de casa. La tradicional Iglesia católica de una familia y de un pueblecito de España, de Catalunya.

Después fue la Iglesia frente al mundo, de un obsesionado joven misionero que se lanzaba a destruir los molinos del mal viento de todos los pecados y a conquistar todas las almas.

Más tarde ya va siendo, cada vez más, la Iglesia del Reino. La servidora del Reino. El sacramento cristiano del Reino.

Va siendo, pues, la Iglesia de Jesús. La única verdadera Iglesia que los seguidores del Maestro vamos asumiendo, construyendo, destruyendo, y soñando a través de estos varios modelos de Iglesia que la historia humana posibilita y condiciona; peor de lo que debería ser; siempre mejor de lo que aparece porque no le ha faltado nunca el Espíritu del Resucitado que es su alma. Tradicional, militante, en diálogo, ecuménica, evangelizadora, mi Iglesia, nuestra Iglesia, es esta Iglesia que uno ama.

La Iglesia aquella con sus ruinas, *semper renovanda*, siempre en futuro que se hizo visión y vocación de Francisco de Asís y que debería ser visión y vocación de todos los cristianos: «Restaura mi Iglesia, Francisco».

Yo creo en esta Iglesia. Mejor aún: creo la fe cristiana, dentro de esta Iglesia, siendo Iglesia también, haciendo Iglesia. (...).

Cada vez me parece de mayor actualidad y de más anchas posibilidades apostólicas la gran pregunta del Concilio Vaticano II: Iglesia de Cristo ¿qué dices de ti misma? Respondiendo a esta pregunta más que pertinente con nuestras vidas, con estructuras eclesiales renovadas y con la gracia del Señor, que nunca faltará, vamos realizando la Misión mediadora de la Iglesia en la historia humana, dentro del cambiante mundo.

TEÓFILO CABESTRERO, *El sueño de Galilea. Confesiones eclesiales de Pedro Casaldáliga*, Madrid 1992, pág. 147.